

David A. Brading, *Una iglesia asediada: el obispado de Michoacán, 1749-1810*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994, 304 p.

David A. Brading, el autor del libro clásico *Mineros y comerciantes en el México borbónico* regresa al periodo de la "Revolución en el gobierno" para ocuparse de un tema que antes había dejado de lado: la religión. Sin caer en los excesos de una crítica mordaz y tampoco en la idílica visión de una áurea edad mística, Brading encuentra no sólo el punto medio, sino el enfoque de un historiador consumado, cuya principal máxima, a decir de Lucien Febvre, debe ser comprender antes de condenar. Para lograrlo nos presenta variadas conductas, pensamientos, ideas e instituciones, colocándolas en el lugar apropiado, vinculando la economía, la política y la religión.

Su libro proporciona elementos importantes para comprender la multiplicidad del fenómeno religioso en sus diferentes esferas. Desde la jerarquía eclesiástica, con todos sus diferentes cuerpos e instituciones, hasta los lugares donde la participación de los seglares rebasa los dogmas y se plasma en procesiones, mandas, o representaciones teatrales. Por eso aunque el título de la obra y las fuentes remiten a un área espacial precisa, la validez del enfoque y la amplitud de los mismos fenómenos en muchos otros lugares, superan las fronteras del obispado de Michoacán.

La preocupación de Brading por presentar una visión global se evidencia en la misma distribución de su obra. En la primera parte se dedica a "Las órdenes religiosas". En ella nos describe la presencia de franciscanos, agustinos y el auge tomado por los oratorios y los nuevos conventos del obispado michoacano. Evidentemente su objetivo es buscar no sólo los cambios sino también la continuidad del fenómeno religioso. Porque si el reformismo borbónico planteó un aumento

del poder coercitivo del estado, limitando cada vez más la autoridad de la iglesia, secularizando parroquias, expulsando a los jesuitas y aplicando el Decreto de consolidación, no por eso se detuvieron las misiones evangelizadoras, al contrario, los conventos sobrevivieron, los beaterios y las cofradías continuaron trabajando, al mismo tiempo que las capellanías siguieron financiando ministerios sacerdotales.

En otras palabras, existen cambios importantes, pero también la persistencia de conductas, tradiciones, costumbres e instituciones que no podían desaparecer de la noche a la mañana. Invasidos de jansenismo y aires ilustrados, los obispos combaten las formas de piedad popular difundidas por la propia iglesia postridentina desde el siglo XVI, pero, ¿realmente consiguen algo? Brading es cuidadoso al explicar el abismo que separa al alto clero y a los párrocos ricos de la inmensa mayoría de sacerdotes pobres, y sabemos que esta mayoría estaba realmente más cerca del pueblo. Además este bajo clero no recibía una buena instrucción religiosa y su mayor aspiración era asegurar la subsistencia. Así encontramos dos fuentes de presión de primer orden. Por una parte la tensión interna de la propia jerarquía eclesiástica, que desea cambiar el sentido de las formas exteriores de piedad, y por otra parte la presión externa derivada de la creciente política regalista. Atrapado entre ambos procesos encontramos al pueblo que poco entendía de la nueva posición adoptada por la monarquía y los prelados ilustrados.

En la segunda parte del libro Brading explica las relaciones establecidas entre “Los sacerdotes y los laicos” presentando primero las formas de reclutamiento, así como el aumento y las desigualdades del clero secular. Poco a poco nos adentra en la autoridad detentada por el cura y juez eclesiástico de cada parroquia. Esa autoridad del clero explica porque la manutención de los religiosos y los servicios parroquiales no se consideraban tanto como una carga sino como una responsabilidad especial que los relacionaba con lo sagrado. La proliferación de cofradías, capellanías y mayordomías, es un claro indicador del entusiasmo mostrado por muchos feligreses. Y es precisamente ese fervor el que recibe la condena de los prelados ilustrados quienes, invadidos por el deseo de difundir el cristianismo, sin lo que califican de supersticiones, llegan al absurdo de exigir la supresión de las lenguas indígenas y la castellanización en un año. De ahí que en el periodo borbónico el paso de la devoción a la desviación religiosa desdibuja rápidamente sus fronteras tradicionales.

Finalmente, en la tercera parte, “Los obispos y el cabildo”, se describe la jerarquía, los ingresos y las conductas de una élite eclesiástica que a través de canonjías y prebendas obtenía ingresos anuales muchas veces superiores a los sueldos de funcionarios reales, desper-

tando así una animadversión que, sin duda, será retomada por los liberales del siglo XIX. Al conocer ese mundillo de intrigas y venganzas de corte palaciego, se entiende mucho del significado del alto clero, no sólo dentro de la iglesia, sino también su relación con la alta sociedad de burócratas y aristócratas de la época.

El último apartado está dedicado al obispo Manuel Abad y Queipo. No es casual que el libro termine justamente con el prelado que además de cultivar la amistad de Hidalgo tuvo el valor de condenarlo y que, años más tarde, formó parte del gobierno de la Regencia que buscó limitar el despotismo de Fernando VII. En su actuación y personalidad Brading resuelve la proposición expuesta en el título de su obra. En verdad la iglesia fue progresivamente limitada por el regalismo de la monarquía y sin embargo se mantenía obediente a sus disposiciones, tal y como lo hizo Abad al oponerse a la independencia. Pero no era éste el único flanco de los ataques, al interior de la propia iglesia se desarrolló en estos años una lucha sorda entre una alta jerarquía que comprendía cada vez menos la religiosidad de su grey al mismo tiempo que se desligaba de una creciente mayoría de sacerdotes pobres. La combinación de esos tres procesos terminaría socavando no sólo la autoridad de la iglesia, sino también la legitimidad divina del imperio español.

Frente al asedio la alta jerarquía se mostraría cada vez más sumisa ante el poder secular. Aunque defendió la administración de los diezmos, la amortización de 1804-1808 fue una pérdida no sólo en lo material sino también en su autoridad y sustento ideológico. Su estrategia fue mantener la prudencia y defender tímidamente su posición. Los resultados de esta postura son evidentes en la propia trayectoria de un obispo leal a la corona: Manuel Abad y Queipo, quien, a pesar de la apasionada defensa del dominio español en América, por su propia formación ilustrada y liberal, se convirtió en víctima del despotismo que lo condenó a morir recluido en un convento.

Otra respuesta la dió el cura de Dolores con la rebelión y el rompimiento revolucionario que planteaba muchos cambios, pero también una importante continuidad, mantener y defender la posición privilegiada de la iglesia. El mensaje fue puesto en práctica por algunos miembros de la alta jerarquía eclesiástica hacia 1820, cuando apoyaron el Plan de Iguala y más tarde consagraron a un criollo como emperador de México. Fue así como buscaron detener al asedio, aunque en realidad los Borbones sólo habían preparado el terreno para un continuado ataque que no se detendría en 1822.